

Solemnidad de la Asunción
De la Santísima Virgen María

Encuentro Diocesano 2020

Esta vez no fue necesario contratar buses ni salir de madrugada. Tampoco fueron necesarios los huevos duros y el cocaví para el almuerzo a la orilla del río. Pero cuánto extrañamos la alegría de encontrarnos en esta fiesta diocesana con tanta historia. Sentimos nostalgia del canto y el baile en la plaza, de peregrinar juntos, de celebrar juntos la Eucaristía que funde a comunidades de todos los rincones de la diócesis en una única y misma Iglesia, pueblo de Dios. Añoramos el tiempo en que podamos volver a caminar juntos, a expresar nuestra fe y a fundirnos en un abrazo de fraternidad y esperanza.

El texto del Evangelio también nos narra la alegría de un encuentro. Una joven muchacha de Palestina que acaba de recibir con el saludo del ángel la misión de ser Madre del Salvador se pone de camino, va de prisa, a visitar a su prima Isabel. Una muchacha virgen y una mujer que ya está pasada de años para la fecundidad se encuentran para compartir el asombro ante la acción de Dios que las ha elegido para una fecundidad sorprendente. El encuentro está marcado por la alegría, como también han sido estos encuentros diocesanos que celebramos desde el Sínodo de esta Iglesia de Talca.

Hoy, pese a las limitaciones que nos impone la pandemia, y que debemos respetar estrictamente como expresión del cariño y cuidado que nos tenemos, no dejamos de alegrarnos al saberlos unidos entorno a esta fiesta como un único y mismo pueblo que vive y alimenta su fe, que se esfuerza por compartirla en el anhelo que sea fuente de vida nueva.

En este día la liturgia nos invita a celebrar el encuentro en lo alto del cielo entre Dios y la criatura, entre el Padre eterno y la mujer que quiso como Madre de su Hijo. María, la elegida, una como cualquiera de la humanidad

que entra a participar de la gloria eterna. La Madre que es recibida por su Hijo en la eternidad.

Pero no es esta una fiesta triunfalista. No levantamos la mirada a la gloria celestial para olvidarnos de nuestra pequeñez, de las dificultades que enfrentamos y de la tarea que tenemos por delante.

El libro del apocalipsis nos ubica correctamente en la tensión de una contienda en curso. La mujer revestida de luz debe huir al desierto porque un dragón de siete cabezas la acecha para matar al hijo de sus entrañas.

Si celebramos juntos no es para evadirnos de las dificultades con que cargamos, sino para fortalecernos en la fe y animarnos en la esperanza, para así asumir los desafíos que tenemos por delante con el coraje, la generosidad y la humildad que Dios nos regala.

Sabemos bien que las dificultades no vienen solo de afuera, del mundo que nos rodea. Las tenemos, en primer lugar dentro de nosotros mismos y se expresan en conductas y actitudes que son contrarias a lo que corresponde a un miembro de la Iglesia, y mucho menos, a un agente pastoral o un ministro. De ahí que nuestro primer desafío es continuar el camino de conversión y purificación, el camino de verdad y justicia respecto de conductas impropias de cualquier tipo. Lejos de señalar a otros con el dedo estamos llamados permanentemente a un cambio interior y sincero que haga de cada miembro de la Iglesia un hombre y una mujer que refleje el amor de Dios. Que manifieste en todo lo que hace la ternura y el cuidado por todos los hijos, especialmente los más pequeños y vulnerables.

La alegría que compartimos en este día no brota de nuestros méritos sino del amor de Dios que nos ha llamado conforme a su bondad, sin fijarse en nuestra pequeñez. Todavía más, que a pesar de lo que somos hace fecundas las obras de nuestras manos. Aunque distantes físicamente estamos íntimamente unidos en la alegría de la fe. Contemplamos en María, no solo nuestro futuro, sino el misterio sorprendente de nuestro presente. Esta Iglesia de Talca, pese a todas las sombras que la envuelven, está viva y es maravillosamente fecunda.

Celebramos el vigor de las comunidades que lejos de quedarse lamentando las limitaciones han sido creativas para salir al encuentro de las graves necesidades de las familias, de los migrantes, de los más necesitados en esta hora.

Bendecimos a Dios que multiplica el pan de nuestras manos en ollas comunes, comedores, y en las miles de cajas de alimentos que hemos realizado en tantos espacios bajo el lema: contagia solidaridad.

Nos commueve saberlos unidos pese a las distancias y a la incertidumbre en tantas misas, vigencias de oración, encuentros de catequesis y campañas de solidaridad y evangelización con que hemos continuado de algún modo nuestra vida de Iglesia gracias a los medios digitales. Ellas han sido ahora las nuevas plazas públicas para proclamar el evangelio.

Celebramos hoy, con inmenso cariño y gratitud a la vida consagrada, masculina y femenina. Comunidades preciosas que comparten una misma vocación y son reflejo del amor de Dios en medio de nosotros. Las saludamos a todas, las de vida contemplativa y activa. Las que sirven en los ámbitos de la educación y en el servicio a los más pobres y marginados. Dios les bendiga y les renueve en su vocación. Dedicamos una oración especial por las comunidades religiosas que cuidan de adultos mayores en distintos hogares: Las Siervas de Jesús y las Aliadas carmelitas, aquí en Talca; Las hermanas del Buen Samaritano en Molina y las Redentoristas de los nichos. Sabemos bien lo delicada que es el riesgo del contagio en cada uno de estas residencias, las acompañamos con nuestra oración.

El Sínodo de esta Iglesia de Talca, que hacemos presente en cada uno de estos encuentros, nos impulsa a renovar la vocación misionera. Pese a las dificultades interiores y exteriores necesitamos renovar el fuego misionero, la sed por vivir volcados hacia fuera, ser una Iglesia en salida, siempre procurando de estar cerca de la vida de la gente de nuestro tiempo, para llevarles el tesoro más precioso que hemos recibido: el don de la fe.

La solemnidad de la Asunción de la Santísima Virgen María nos alienta. En ella vemos el destino que nos ofrece la promesa del Padre y la victoria del Hijo. En ella se manifiesta la fecundidad definitiva conque Dios ha revestido nuestra fragilidad. Bajo el amparo maternal de María, que asunta a los cielos

no cesa de interceder por nosotros, mirándonos y acompañándonos como hijos muy queridos.

Sabemos bien que este tiempo de cambios tan profundos y radicales exige de nosotros vivir en continuo discernimiento. Fue por ello que el Sínodo de esta Iglesia también nos impulsa a vivir en continuo discernimiento. Necesitamos vivir en una continua búsqueda de la voluntad de Dios en medio de circunstancias tan nuevas y desafiantes. Necesitamos discernir para cuidar de ser fieles a lo que Dios nos pide y no a nuestras percepciones.

Tenemos especial conciencia de la responsabilidad que tenemos con nuestra tierra y con nuestra patria. El cuidado de la casa común nos llama a ser promotores de una nueva relación con los bienes de la creación. Las tensiones que experimenta la convivencia social no nos son indiferentes. Por el contrario, en ellas reconocemos el anhelo de justicia y solidaridad de una patria que aspira a ser una mesa compartida donde todos los hijos sean tratados con el respeto y la dignidad de los hijos de Dios.

En el debate sobre los fundamentos constitucionales del País queremos aportar, con humildad y respeto con el rico patrimonio de la doctrina social de la Iglesia.

La pandemia nos ha llevado a redescubrir el valor de nuestras familias. En la Iglesia las reconocemos como la primera comunidad, la Iglesia doméstica en la cual los hijos de Dios experimentamos su amor, su cuidado y también donde recibimos el don de la fe y somos educados en el camino del amor. Familias que encuentran en estos tiempos de fuerte confinamiento una seria prueba.

En el abrazo de María e Isabel y en el regocijo de las criaturas que llevan en sus entrañas reconocemos el cariño y el apoyo que recibimos de ellas. Pero también la misión de acompañarlas con el pan de la Palabra y sostenerlas en sus necesidades.